

EL VOLCÁN

Balbina Rivero

Indiano Verde y otros cuentos

Ilustraciones de Guille Rancel

ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Balbina Rivero, 2018
© De las ilustraciones: Guille Rancel, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, febrero 2018

ISBN: 978-84-698-3612-5
Depósito legal: M. 190/2018
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española* publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

EL VOLCÁN

Balbina Rivero

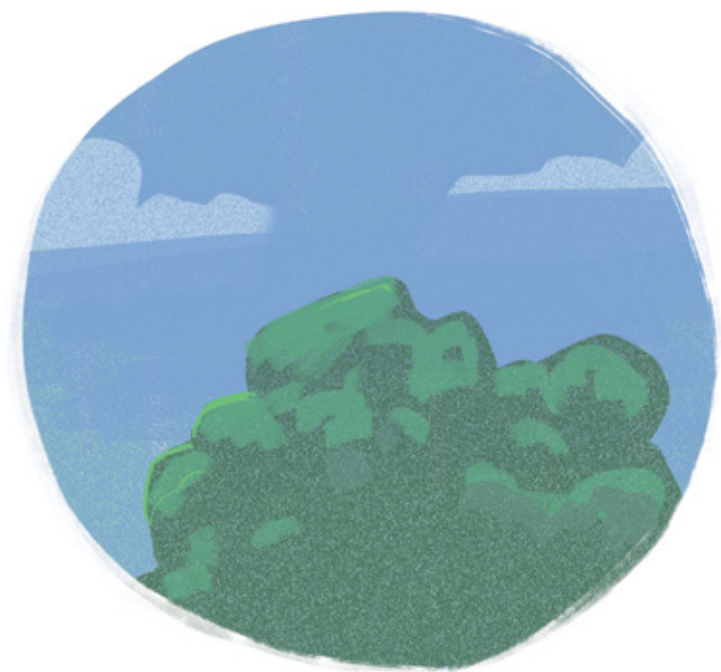
Indiano Verde y otros cuentos

ANAYA

Ilustraciones de Guille Rancel



Indiano Verde



1

A veces los muchachos trepaban por el rollizo tronco del laurel de indias y se sentaban en las numerosas y gruesas ramas que, como enormes brazos, parecían abrazar a aquel grupo de jovencitos que tanto le alegraban las grises y frías tardes de invierno y las prolongadas y ardientes del verano.

Era el más viejo en muchos kilómetros a la redonda. Era de otro siglo. Era el mejor compañero de los niños del pueblo. En invierno los protegía de las gotas de lluvia y en verano de los rayos ardientes del sol sureño. Era un enorme y frondoso árbol que daba refugio a bandadas de gorriones y mirlos que entretejían laboriosos nidos entre sus ramas.

Un día, hace ya mucho tiempo, el líder del grupo, Miguel Ángel, había propuesto al resto de compañeros ponerle un nombre al viejo y querido árbol; tras mucho deliberar, decidieron llamarlo «Indiano Verde». Como los hombres que habían emigrado a América y que regresaban al cabo de los años para regocijo de la familia y el pueblo, porque, según el abuelo de Peruco, el árbol, bajo el que los mayores también se sentaban, había venido de las lejanas tierras de los indios. Aunque, a diferencia de estos, en lugar de vestir de riguroso blanco, lucía un espléndido color esmeralda que deslumbraba desde la lejanía.

8

Indiano Verde estaba situado en el mismo corazón de la plaza de San Pedro, la más entrañable de Granadilla. Había sido de tierra apisonada y luego, cuando el alcalde dijo que había que subir al carro del progreso, la cubrieron de una gruesa capa de cemento; más tarde, para progresar más, decían, la cubrieron con unas pesadas losetas de piedra.



A medida que el progreso progresaba, le iban limitando más el espacio que le dejaban a Indiano Verde para respirar y que tomara sus alimentos de la tierra, pero él no rechistaba; nunca nadie le oyó jamás proferir un lamento. Seguía protegiendo a sus amigos de la lluvia, del sol y hasta de las miradas de los curiosos vecinos, que se asomaban a las ventanas de las casas que rodeaban la plaza para ver quiénes estaban sentado en los bancos, ahora pintados de un rojo chillón.

Otro hecho de progreso que perjudicó mucho a Indiano Verde fue que, como cada día eran más los coches que circulaban a su alrededor, el humo, tóxico y gris, fue ensuciando y luego enfermando las hojas de tan hermoso ejemplar de la botánica llegado del otro lado del océano. Cuanto más aumentaba el número de coches, más espacio le quitaban a él. Los días y las estaciones se sucedían y el progreso parecía no detenerse.

Un día, el padre de Miguel Ángel, Héc-

tor, hizo un comentario cuando empezaban a comer.

—He oído decir a los compañeros de trabajo que, para facilitar el tráfico, para que sea más fluido, van a quitar el viejo laurel de indias de la plaza de San Pedro.

Miguel Ángel se quedó con la cuchara de la sopa a medio camino entre el plato y la boca. Miró a su padre con los ojos llenos de asombro e incredulidad. No podía ser cierto lo que su padre contaba, debía tratarse de algún error. ¿Arrancar a Indiano Verde? ¿A quién podía ocurrírsele semejante tontería?

—Pero, papá, ¿cómo van a quitar un árbol tan hermoso? ¿No nos están diciendo siempre que debemos cuidar la naturaleza?

—Sí, así es, hijo. Lo que ocurre es que muchas veces los mayores cometemos errores y, con la excusa del mal llamado progreso, hacemos cosas que no debiéramos ni tan siquiera pensar.

—¿No se puede hacer algo para evitarlo? ¿Decirles que no está bien que nos

quiten a Indiano Verde? —casi suplicó el niño.

—Eso depende de cómo se lo tome la gente del pueblo, hijo. Si no protestan, los responsables del ayuntamiento harán lo que quieran —le contestó su padre.

A Miguel Ángel la noticia le hizo perder el apetito. Pidió permiso y se fue en busca de sus amigos. Casa por casa, fue convocando a cada uno de ellos para reunirse a la sombra de la gran bóveda que la frondosa copa del árbol amigo tejía sobre sus cabezas.

Se reunieron los muchachos y formaron un gran círculo sentados en el suelo. Entonces, Miguel Ángel comunicó a sus amigos lo que su padre había dicho durante el almuerzo.

—Cuando lo escuché, creí que era una broma, pero no, él lo decía muy en serio. Se lo dijeron los compañeros de la oficina. Tenemos que hacer algo para evitarlo —y pronunció la última frase en tono serio y convencido de que no se iba a quedar de brazos cruzados—. Los que estén

dispuestos a luchar para salvar nuestro árbol, que levanten la mano —pidió a continuación—. ¿Quiénes están dispuestos para la batalla?

Inmediatamente, todas las manos se alzaron al aire. Entonces, una voz femenina se oyó alta y clara:

—Todos nosotros tenemos las manos alzadas, no se puede permitir que arranquen a Indiano, pero ¿cómo vamos a evitarlo?, ¿qué podemos hacer? —preguntó Claudia, la niña más rubia y delgada del grupo.

—No lo sé, tenemos que pensar y también consultarlo con la señora de Ciencias. Ella nos ayudará. Ahora es el momento de poner en práctica lo que siempre nos dicen, sobre lo respetuosos que debemos ser con la naturaleza y los animales.

—Tienes razón, sí, sí —comentó Jaime todo entusiasmado.

—No estamos oyendo siempre hablar de huelgas, concentraciones, manifestaciones y todas esas cosas. Pues nosotros también podemos organizarlas —sugirió

Ricardo, el pecoso y más simpático del grupo.

—Sí, de acuerdo, yo haré las pancartas —se comprometió Juan Luis, el que mejores notas sacaba en dibujo.

—Pues no se hable más, mañana hablaremos con la seño y le pediremos que colabore con nosotros o por lo menos que nos indique lo que debemos hacer para que sea eficaz, para que ganemos la batalla. ¿Están de acuerdo? —concluyó Miguel Ángel.

—Sííí... —aclamaron a coro.

Terminada la conversación, se levantaron y formaron un corrillo alrededor del que los había convocado, Miguel Ángel.





La iniciativa de los niños se iba a poner en marcha al día siguiente, y aquella tarde no hablaron de otra cosa que no fuera Indiano Verde y su posible desaparición por culpa de unos hombres sin sentimientos.



Índice

INDIANO VERDE	5
REGALO DE REYES	51
EL ZORRO BLANCO	65



A partir de 9 años

Los muchachos de un pequeño pueblo han decidido unirse para evitar la tala del árbol centenario de la plaza bajo el que suelen jugar. No será una tarea fácil, porque luchar contra los poderosos nunca lo es. Además, sabremos lo que Guajara le regaló a su madre el día de los Reyes Magos y viviremos una gran aventura intentando capturar a un zorro blanco.

1558044

ISBN 978-84-698-3612-5



9 788469 836125

ANAYA

www.anayainfantiljuvenil.com